

Hasta luego

Octavio Paredes López

Cuando llegué a la vicepresidencia y más tarde a la presidencia de la Academia Mexicana de Ciencias (AMC), señalé, un tanto en broma y otro tanto en serio, que en cierta forma muy personal me consideraba un científico de rancho. Esta alusión geográfica quizá llamó un poco la atención por el uso frecuente del término por parte de Vicente Fox y su poca propensión a la lectura. En el caso presente trataba de decir que, independientemente de dónde ocurrió mi formación académica, la generación de conocimientos y formación de nuevos científicos había tenido lugar casi exclusivamente en una pequeña ciudad del país sin antecedentes académicos previos.

En cualquier caso, ha sido un verdadero privilegio personal haber estado al frente de la Academia Mexicana de Ciencias.

Y no es para mí una simple expresión. Con los años y con la destacada labor de sus dirigentes, este organismo se ha convertido en un notable agente catalítico y de asesoría —entre otras importantes funciones—, en las diversas actividades asociadas al quehacer científico y tecnológico, y en los procesos educativos desde las etapas más elementales hasta los niveles más avanzados y sofisticados; y las interacciones académicas internacionales no son menos importantes. Esto genera una reconocida dosis de solidaridad y apoyo del entorno a esta labor (aquí destaca en primer lugar la Universidad Nacional Autónoma de México y en buena medida el

Instituto Politécnico Nacional y la Universidad Autónoma Metropolitana, entre otros), pero también incomprendiones por parte de algunos organismos y grupos que deberían ser nuestros aliados naturales.

Por todo ello, el aprendizaje para el presidente de la AMC puede ser súper intensivo, y la alternativa de incidir fuertemente en las actividades inherentes es por lo demás muy amplia.

Es de todos conocido que los apoyos a la ciencia y la tecnología de nuestro país no pasan por su mejor momento. Como se sabe, las inversiones con base en el producto interno bruto, y también en relación con el gasto federal programable, han estado descendiendo en los últimos años, y existen fuertes creencias que los números reales podrían ser menores a los oficiales. La inversión en ciencia básica ha descendido alarmantemente y tampoco se han establecido cadenas del conocimiento eficientes para la aplicación racional del mismo.

El capital intelectual se ha convertido en un componente fundamental para impulsar el desarrollo económico y social del país, y los estudios de posgrado son el mecanismo por excelencia en esta dirección. Hace falta asociar estos programas a los grandes retos y oportunidades de México, y el llamado bono demográfico nos ofrece en las próximas tres décadas uno de los elementos más preciados para la formación del personal necesario en ciencia y tecnología; debemos aprovecharlo.

No estamos de acuerdo con aquellos que sostienen que de alguna manera es benéfica la emigración de nuestros jóvenes científicos para alguna vez quizá repatriarlos. Necesitamos ciertamente de programas de entrenamiento a nivel nacional e internacional con tiempos y formas que satisfagan los intereses de la sociedad mexicana, acompañados de programas de contratación. La fuga interna, es decir, aquellos jóvenes que fueron entrenados en ciencia y tecnología pero que se dedican a otras actividades, es otro factor preocupante a corregir. Ante la falta de contratación de nuevos valores, la planta científica envejece con celeridad.

De esta manera, entre otros factores, hace falta un gran acuerdo nacional para fomentar la innovación y la competitividad de México, en el cual se contemplen estrategias y financiamientos con acciones regionales y nacionales de corto, mediano y largo plazos. Y la AMC ha sido sin duda el primer organismo en plantearlo y el más dinámico en procurar alcanzar este logro.

Cada vez está más claro que la sociedad mexicana conoce muy poco sobre la labor de los científicos y tecnólogos del país y de su importancia en los procesos generadores de riqueza. De esta manera, estamos obligados a tender puentes reales y virtuales que nos lleven a interacciones permanentes con la sociedad misma en las que se contemplen sus aspiraciones y necesidades. De esta manera, más temprano que tarde los diversos organismos de nuestra sociedad invertirán más inteli-

gentemente recursos financieros en la innovación, tanto en las universidades y centros de ciencia y tecnología, como seguramente en el sector empresarial, que creará grupos de desarrollo tecnológico que fortalezcan la competitividad.

Es ampliamente conocido que la calidad de la educación mexicana, especialmente –pero no exclusivamente– en el nivel elemental y medio-superior, tiende a disminuir, sobre todo cuando se la compara con la de los países desarrollados e incluso con la de los llamados países emergentes. En varios de estos países los científicos colaboran activamente en el entrenamiento y actualización de profesores. La AMC tiene una buena experiencia en este terreno; hace falta que la nación aproveche mejor estas valiosas experiencias.

No es una exageración afirmar que si le damos la espalda al conocimiento y a las oportunidades que de él se derivan, pondríamos en riesgo la propia soberanía nacional.

He puesto todo mi entusiasmo, empeño y tiempo en tratar de insertar a la AMC, con la valiosa colaboración de otros importantes grupos y personalidades de diversas regiones del país, en esta gran cruzada por el conocimiento; no me toca a mí calificar los eventuales aciertos y, seguramente, omisiones (incluso errores) involuntarios. Pero sí me toca tener el privilegio de expresar desde estas páginas no un adiós, sino un... hasta luego.

